



LA MONTAÑA, LUGAR DE ENCUENTRO CON DIOS

En la Biblia, como en muchas otras tradiciones religiosas, la montaña no es un simple lugar geográfico. La montaña es un lugar simbólico y teológico. La montaña es una "metáfora", una forma de hablar del lugar sagrado donde Dios se manifiesta, donde se encuentra con sus elegidos, con su pueblo, con la humanidad.

La montaña es un sitio misterioso; en su cima, en medio del silencio y la soledad, se experimenta el sobrecogimiento de lo infinito y lo trascendente. Su altura y su solidez son símbolos de exaltación, de poder, de fortaleza, de energía, de perennidad.

Muchas son las religiones que tienen una montaña santa donde fue creado el mundo, donde habitan los dioses, donde se les rinde tributo, donde el cielo se une con la tierra.

Quizás por eso, la montaña aparece como el primer santuario y primer altar. Escalar la montaña es un rito, un acto religioso, un subir hacia los dioses...

Al contrario de muchos pueblos que sacralizaron la montaña, el pueblo de Israel, la presenta como un elemento más de la creación.

La montaña es símbolo de estabilidad y, por lo tanto, de la justicia y la fidelidad de Dios:

"Como los altos montes es tu justicia..." (Sal 36, 7).

En el Antiguo Testamento, la primera parte de la tierra que surgió de las aguas caóticas del diluvio fue un monte. En el relato del diluvio, "el arca se

posó en los montes de Ararat" Este monte, con el arca sobre su cima, es una montaña, donde comienza la vida. La vida desciende de esa montaña para volver a llenar la tierra.

"El día diecisiete del séptimo mes, el arca descansó sobre los montes de Ararat. Y las aguas siguieron bajando hasta el mes décimo, hasta que el día primero de ese mes aparecieron las cumbres de los montes". (Gén. 8, 4-5)

"Entonces Dios habló de esta manera a Noé: «Sal del arca, tú y tu esposa, tus hijos y tus nueras.



Saca también contigo a todos los seres vivientes que tienes dentro de todas las especies:

aves, animales, bestias y reptiles que se arrastran por el suelo. Que pululen, llenen la tierra y se multipliquen.» (Gén. 8, 15-17)

Las cumbres de las montañas en la Biblia han sido símbolos de grandes encuentros de Dios con el hombre, y lugares donde se han dado hechos que han marcado el curso de la historia.

La revelación bíblica ensalza a quienes levantan su mirada hacia los montes para invocar la piedad del Dios creador del cielo y de la tierra:

"Dirijo la mirada hacia los montes: ¿de dónde me llegará ayuda? Mi socorro me viene del Señor, que hizo el cielo y la tierra" (Sal 121, 1s).

Por el contrario, condena a los pueblos que han querido

hacer de ella un símbolo de poder y de soberbia como en el caso de Babilonia:

"«Construyamos una ciudad con una torre que llegue hasta el cielo. Así nos haremos famosos, y no nos dispersaremos por todo el

mundo.» Yavé bajó para ver la ciudad y la torre que los hombres estaban

levantando, y dijo Yavé: «Veo que todos forman un solo pueblo y tienen una misma lengua. Si esto va adelante, nada les impedirá desde ahora que consigan todo lo que se propongan. Pues bien, bajemos y confundamos ahí mismo su lengua, de modo que no se entiendan los unos a los otros.» (Gn 11, 1-11) .

"Ya vengo a ti, montaña destructora, que arruinabas la faz de la tierra. Apenas extienda mi mano contra ti te haré rodar de lo alto de las rocas y te convertiré en una montaña quemada. Jamás sacarán de ti una piedra de cimientos" (Jer. 51, 25).

"En tu corazón decías: «Subiré hasta el cielo y levantaré mi trono encima de las estrellas de Dios, me sentaré en la montaña donde se reúnen los dioses, allá donde el Norte se termina" (Is. 14-13s).

LA MONTAÑA SANTA DE ISRAEL

El Horeb (según las tradiciones del Norte) o el Sinaí (según las tradiciones del Sur) es la "montaña de Dios":

"Moisés era pastor del rebaño de Jetró su suegro, sacerdote de Madián. Una vez llevó las ovejas más allá del desierto; y llegó hasta

Horeb, la montaña de Dios". (Ex. 3, 1).

En este "lugar santo" Dios se manifiesta a Moisés en medio del ardor de una zarza y le fue revelado el nombre divino como "Yo soy", como el mismo Dios que han adorado los antepasados de Israel, y la decisión de Dios de liberar a su pueblo esclavo en Egipto. Al pie del monte Sinaí tuvo lugar el encuentro de Moisés con el Ángel de Dios "quien se le apareció en medio de la zarza que ardía sin consumirse... y le llamó la voz del Señor diciéndole...

"Moisés, Moisés, descálzate pues este lugar que pisas es sagrado..." (Éx. 3, 1-6).

Así, el seco e infructuoso desierto del Sinaí se convirtió en un lugar sagrado para toda la humanidad. No existe en el mundo lugar tan pobre e insignificante que se haya convertido en tan sagrado y legendario.

"Dios respondió: «Yo estoy contigo, y ésta será para ti la señal de que yo te he enviado: Cuando hayas sacado al pueblo de Egipto, ustedes vendrán a este cerro y me darán culto aquí.» (Ex 3, 12).

Desde un monte bajará la Ley El monte Sinaí será el lugar sobre el cual "descenderá Yahvé a la vista de todo el pueblo" para entregar a Moisés las tablas de la Ley estableciendo un pacto de Alianza con el pueblo que acaba de liberar de la esclavitud.

"El mismo día en que

empezaba el tercer mes después de la salida de Egipto, los israelitas llegaron al desierto de Sinaí. Habían salido de Refidim, y llegaban al desierto de Sinaí donde acamparon.

Los israelitas establecieron su campamento frente al monte, y Moisés subió hacia Dios. Yavé lo llamó del cerro y le dijo: «Esto es lo que dirás a los hijos de Jacob, lo que explicarás a los hijos de Israel: Ustedes han visto cómo he tratado a los egipcios y que a ustedes los he llevado sobre las



alas del águila para traerlos hacia mí. Ahora, pues, si ustedes me escuchan atentamente y respetan mi alianza, los tendré por mi propio pueblo entre todos los pueblos. Pues el mundo es todo mío, pero los tendré a ustedes como un reino de sacerdotes, y una nación que me es consagrada.»

Entonces Moisés bajó del cerro y llamó a los jefes del pueblo, y les expuso todas estas instrucciones que Yavé le había dado.

Todo el pueblo a una voz contestó: «Haremos todo lo que Yavé ha mandado.»

Luego Moisés llevó a Yavé la respuesta del pueblo. Yavé dijo a Moisés: «Yo vendré a ti en medio de una espesa nube para que el pueblo oiga cuando yo hable contigo y tenga fe en ti también para siempre.» Yavé dijo a Moisés:

«Vuelve donde el pueblo y mándales que se purifiquen hoy y mañana: que laven sus ropas y estén listos para pasado mañana, porque pasado mañana Yavé bajará a vista de todos sobre el monte Sinaí. Señala al pueblo un límite alrededor del monte, y diles que no traten de subir al monte o de alcanzarlo. Todo aquel que traspase el límite deberá morir. Que nadie ponga las manos sobre el culpable, sino que sea apedreado o flechado; sea hombre o animal, no debe vivir más. Solamente cuando se oiga el toque de cuerno algunos podrán subir.»

Moisés bajó del monte y lo

consagró; lavaron sus ropas, y Moisés dijo: «No tengan relaciones sexuales y estén listos para pasado mañana.» Al tercer día, al amanecer, hubo sobre el monte truenos, relámpagos y una espesa nube; se oía un sonido muy fuerte de cuerno. En el campamento todo el pueblo se puso a temblar.

Entonces Moisés lo hizo salir del campamento para ir al encuentro de Dios, y se detuvieron al pie del monte. El monte Sinaí entero humeaba, porque Yavé había bajado en medio del fuego.

Subía aquel humo como de un horno, y todo el monte temblaba muy fuerte. El sonido del cuerno iba creciendo: Moisés hablaba y Dios le contestaba con el trueno. Yavé bajó a la cumbre del monte Sinaí y, desde allí, llamó a Moisés. Y Moisés subió". (Ex 19, 1-20).

"Cuando Dios terminó de hablar con Moisés en el monte Sinaí, le dio las dos tablas del Testimonio, escritas por el dedo de Dios". (Ex. 31, 18)

Otro ejemplo fue lo que pasó en la cumbre del monte Carmelo. Elías, uno de los profetas más grandes de Israel libró allí la gran batalla con los profetas de baal. Allí quedó confirmado quién es el verdadero Dios:

"Cuando Ajab vio a Elías, le dijo: «Ahí vienes, ¡peste de Israel!» Contestó Elías: «No soy yo la peste de Israel, sino tú y tu familia, que han abandonado los mandamientos de Yavé para servir a Baal.

Ahora bien, manda que se reúnan conmigo en el monte Carmelo todos los israelitas y los cuatrocientos cincuenta profetas de Baal a



quienes mantiene Jezabel.»" (1 Re. 18, 19)

En el momento de su crisis, el profeta Elías que "arde en celo por el Señor", se encaminará hacia "el monte de Dios" allí se le revelará aquella dimensión escondida y misteriosa del Dios que es una "voz de sutil silencio" y es testigo de su manifestación en el Horeb.

"El Señor le dijo: "Sal y quédate de pie ante mí en la montaña. ¡El Señor va a pasar!" Pasó un viento fuerte e impetuoso, que hacía temblar las montañas y quebraba las peñas, pero el Señor no estaba en el viento. Al terremoto siguió un fuego, pero el Señor no estaba en el fuego. Al fuego siguió una suave brisa. Elías, al oírlo, se cubrió el rostro con su manto y, saliendo afuera, se quedó de pie a la entrada de la gruta..." (1Re 19, 11-18).

Más tarde, el Señor establece a su rey en la montaña de Sión: "Yo soy quien ha consagrado a mi rey en Sión, mi monte santo." (Sal. 2, 6)

Es el lugar en que Abraham iba a sacrificar a su hijo. En aquel lugar Dios reveló un claro propósito de su salvación para la humanidad. Isaac era un símbolo de Cristo.

"Y Dios le dijo: «Toma a tu hijo, al único que tienes y al que amas, Isaac, y vete a la región de Moriah. Allí me lo ofrecerás en holocausto, en un cerro que yo te indicaré.»

Se levantó Abraham de madrugada, ensilló su burro, llamó a dos muchachos para que lo acompañaran, y tomó consigo a su hijo Isaac. Partió leña para el sacrificio y se puso en marcha hacia el lugar que Dios le había indicado. Al tercer día levantó los ojos y divisó desde lejos el lugar. Entonces dijo a los

muchachos: «Quédense aquí con el burro. El niño y yo nos vamos allá arriba a adorar, y luego volveremos donde ustedes.»

Abraham tomó la leña para el sacrificio y la cargó sobre su hijo Isaac. Tomó luego en su mano el brasero y el cuchillo y en seguida partieron los dos. Entonces Isaac dijo a Abraham: «Padre mío.»

Le respondió: «¿Qué hay, hijito?» Prosiguió Isaac: «Llevamos el fuego y la leña, pero, ¿dónde está el cordero para el sacrificio?» Abraham le respondió: «Dios mismo proveerá el cordero, hijo mío.» Y continuaron juntos el camino.

Al llegar al lugar que Dios le había indicado, Abraham levantó un altar y puso la leña sobre él.

Luego ató a su hijo Isaac y lo colocó sobre la leña. Extendió después su mano y tomó el cuchillo para degollar a su hijo, pero el Ángel de Dios lo llamó desde el cielo y le dijo: «Abraham, Abraham.» Contestó él: «Aquí estoy.» «No toques al niño, ni le hagas nada, pues ahora veo que temes a Dios, ya que no me has negado a tu hijo, el único que tienes.» Abraham miró a su alrededor, y vio cerca de él a un carnero que tenía los cuernos enredados en un zarzal. Fue a buscarlo y lo ofreció en sacrificio en lugar de su hijo.

Abraham llamó a aquel lugar «Yavé provee». Y todavía hoy la gente dice: «En ese monte Yavé provee»". (Gén. 22, 1-14)

Así, el seco e infructuoso desierto del Sinaí se convirtió en un lugar sagrado para toda la humanidad. No existe en el mundo lugar tan pobre e insignificante que se haya convertido en tan sagrado y legendario.

Salomón, edificó un templo majestuoso a Dios, como lo había querido su padre David. El Templo de Jerusalén, verdadero centro y fuente de vida para toda la tierra, está construido sobre el Monte Sión.

Este "monte del Templo" es el centro de toda la tierra pro-

metida, verdadera morada de Dios en medio de su pueblo, lugar del oráculo profético y de la enseñanza de la Ley, según las palabras de Isaías: "De Sión saldrá la Ley, de Jerusalén la palabra del Señor"

"Sucederá en días futuros que el monte de la Casa de Yahvé será asentado en la cima de los montes y se alzará por encima de las colinas. Confluirán a él todas las naciones, y acudirán pueblos numerosos. Dirán: « Venid, subamos al monte de Yahvé, a la Casa del Dios de Jacob, para que él nos enseñe sus caminos y nosotros sigamos sus senderos. » Pues de Sión saldrá la Ley, y de Jerusalén la palabra de Yahvé." (Is 2,2-3).

Hasta allí ascienden los fieles de Israel, entonando los salmos de "las subidas" (120-134). Allí se yergue majestuosa Jerusalén, la "ciudad santa", símbolo de esa misteriosa y futura "ciudad de Dios", donde reinará para siempre el Señor con sus elegidos, mientras que las llanuras serán destruidas (cf. Zac 14, 10)

JESÚS Y LAS MONTAÑAS

Quien haya contemplado el majestuoso panorama de las colinas de Palestina comprenderá mejor por qué Jesús gustaba de retirarse a las silenciosas y desérticas montañas para orar y para revelarse como el Mesías:

"Después de despedir a la gente, subió al monte a solas para orar" (Mt. 14, 23)

"¿Qué os parece? Si un hombre tiene cien ovejas y se le descarria una de ellas, ¿no dejará en los montes las noventa y nueve, para ir en busca de la descarriada?" (Mt. 18, 12)

"Sucedió que por aquellos días se fue él al monte a orar, y se pasó la noche en la oración de Dios." (Lc. 6,12)

"Jesús se dio cuenta de que iban a tomarlo por la fuerza para

proclamarlo rey, y nuevamente huyó al monte él solo." (Jn. 6, 15)

Según Mateo, en las verdes montañas de Galilea, Jesús se manifiesta como salvador del mundo: allí es tentado por el espíritu del mal:

"A continuación lo llevó el diablo a un monte muy alto y le mostró todas las naciones del mundo con todas sus grandezas y maravillas. Y le dijo: «Te daré todo esto si te arrodillas y me adoras.» Jesús le dijo: «Aléjate, Satanás, porque dice la Escritura: Adorarás al Señor tu Dios, y a El solo servirás.»" (Mt. 4, 8-10)

Desde una montaña, Jesús proclama, como lo había hecho Moisés, el nuevo código de la alianza, encabezado por el anuncio de las Bienaventuranzas:

"Jesús, al ver toda aquella muchedumbre, subió al monte. Se sentó y sus discípulos se reunieron a su alrededor."

Es en las montañas donde Jesús cura a los desventurados:

"De allí Jesús volvió a la orilla del mar de Galilea y, subiendo al cerro, se sentó en ese lugar. Un gentío muy numeroso se acercó a él trayendo mudos, ciegos, cojos, mancos y personas con muchas otras enfermedades. Los colocaron a los pies de Jesús y él los sanó." (Mt. 15, 29-30)

En el Tabor, el Señor se transfigura:

"Seis días después, Jesús tomó consigo a Pedro, a Santiago y a su hermano Juan, y los llevó aparte a un monte alto. A la vista de ellos su aspecto cambió completamente: su cara brillaba como el sol y su ropa se volvió blanca como la luz." (Mt. 17, 1)

Confiere a sus discípulos el

poder que ha recibido del Padre :

"Por su parte, los Once discípulos partieron para Galilea, al monte que Jesús les había indicado. Cuando vieron a Jesús, se postraron ante él, aunque algunos todavía dudaban. Jesús se acercó y les habló así: «Me ha sido dada toda autoridad en el Cielo y en la tierra. Vayan, pues, y hagan que todos los pueblos sean mis discípulos. Bautícenlos en el Nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñenles a cumplir todo lo que yo les he encomendado a ustedes. Yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin de la historia.»" (Mt. 28, 16-20)

Lucas prefiere el símbolo de la subida a Jerusalén, como ascensión a la gloria de la cruz.

Allí es aclamado como rey:

"Dicho esto, Jesús pasó adelante y emprendió la subida hacia Jerusalén. Cuando se acercaban a Betfagé y Betania, al pie del monte llamado de los Olivos, (Lc. 19, 28)

En el Monte de los Olivos eleva su oración al Padre en medio de la angustia de su próxima muerte:

"Después Jesús salió y se fue, como era su costumbre, al monte de los Olivos, y lo siguieron también sus discípulos. Llegados al lugar, les dijo: «Oren para que no caigan en tentación.»" (Lc. 22, 39)

En el montículo de la Calavera, a la salida de las murallas de la ciudad, es elevado en la cruz:

"Al llegar al lugar llamado de la Calavera, lo crucificaron allí..." (Lc. 23, 33),

Desde la montaña asciende al cielo:

"Jesús fue levantado ante sus ojos y una nube lo ocultó de su vista. Ellos seguían mirando fijamente al cielo mientras se alejaba. Pero de repente vieron a su lado a dos hombres vestidos de blanco que les

dijeron: «Amigos galileos, ¿qué hacen ahí mirando al cielo? Este Jesús que les han llevado volverá de la misma manera que ustedes lo han visto ir al cielo.» Entonces volvieron a Jerusalén desde el monte llamado de los Olivos" (Hch 1, 12).

Y desde allí, según la tradición apocalíptica, deberá partir el Señor a la conquista del mundo:

"Entonces saldrá Yavé a combatir; peleará con esas naciones como lo hace en los días de batalla. Ese día pondrá su pie sobre el Cerro de los Olivos, que queda al oriente de Jerusalén." (Zac. 14, 3)

LAS TRES MONTAÑAS DE JESÚS

Como ya vimos, en la vida de Jesús hay montañas muy importantes y muy unidas una con otra, que son como tres eslabones de una cadena. Podríamos decir que en estos montes ocurrieron los tres acontecimientos más importantes de la vida de Jesús: El monte Tabor donde Jesús recibe una nueva experiencia del amor de su Padre. El monte Calvario donde se entrega por amor a nosotros. El monte de los Olivos donde asciende para ser glorificado.

Si este es el camino de Jesús, por lo tanto es el camino de cada uno y de todos sus seguidores. Se trata del itinerario de la vida cristiana. Es tal la relación que existe entre estos lugares, que no podremos ir al monte de los Olivos

donde Jesús asciende para ser glorificado, sin antes haber subido al Calvario. Tampoco somos capaces de ascender al Calvario si antes no hemos vivido la experiencia del Tabor; donde nos abastecemos de la fuerza neces-



ría para llevar la cruz del discípulo y después ser resucitados con él, para proclamar su nombre hasta los confines de la tierra.

Cuando los vientos de contradicción arreciaban, Jesús quiso tomar un respiro que lo refrescara y lo fortaleciera para la lucha final que se avecinaba. Subió hasta la cumbre del monte Tabor donde su Padre le declaró su amor incondicional: "Tú eres mi Hijo amado".

Antes de ir al Calvario, Jesús ascendió al Tabor porque su destino doloroso sólo se puede contemplar adecuadamente desde la perspectiva del amor de Dios. El Monte Calvario sólo se ve bien desde otro monte más alto, el Tabor. En este monte, según nos narra San Lucas, encontramos a Jesús con Moisés, prototipo de la ley y con Elías, prototipo de los profetas -es decir, con la síntesis del Antiguo Testamento dialogando con ellos acerca de su próxima partida de este mundo que es inminente.

Por eso, antes de subir al Gólgota, recibe del Padre la experiencia de ser el Hijo muy amado, en quien tiene sus complacencias.

Si Jesús vive la experiencia del Tabor antes de la del Calvario, es porque nadie puede ir al sufrimiento y a la cruz si antes no ha experimentado el amor de Dios. Así como no hay pascua de resurrección si no hay Calvario, así mismo esto no es posible sin un Tabor, donde impulsados por la experiencia del amor personal de Dios, tomemos la decisión de hacer la voluntad del Padre, cualquiera que ésta sea.

Sólo quienes han escuchado la voz de Dios que les declara

su amor personal e incondicional pueden posteriormente decirle, "pero no se haga mi voluntad, Padre amado, sino la tuya".

La experiencia del amor de Dios conduce necesariamente a hacer su voluntad. En el Tabor Jesús dialogaba con Elías y Moisés sobre su próxima partida, es decir su designio doloroso de entregar su vida por la salvación de toda la humanidad. Por lo tanto desde la cumbre del Tabor ya se vislumbra el segundo monte en la vida de Jesús.

El amor es expansivo por naturaleza. Jesús, amado por su Padre, da la prueba máxima del amor en el Calvario: entrega su vida no sólo por nosotros sino a nosotros.

Al experimentar ser amados por Dios, necesariamente entregamos nuestra vida por los demás. El monte Tabor no es para hacer tres tiendas en su cumbre sino para descender y recorrer los caminos que conducen a Jerusalén y culminan en el monte Calvario donde nadie nos quita la vida sino que nosotros la entregamos voluntariamente por los demás.

Si el Tabor es el monte donde Dios muestra su amor a Jesús, el Calvario es donde Jesús muestra su amor por nosotros.

El tercer eslabón de la cadena de la vida de Jesús y del cristiano es un pequeño montecito que se encuentra al oriente de Jerusalén; el monte de los Olivos.

Cuarenta días después de su muerte en la cruz, Jesús resucitado subió con sus apóstoles a este monte para dar las ulti-



mas instrucciones a los suyos prometiéndoles que enviaría la fuerza de lo alto para convertirlos en testigos con poder que anunciaran su nombre hasta los confines de la tierra. Es el monte de la promesa del poder del Espíritu.

Desde allí se elevó en presencia de los apóstoles, yéndose a la derecha del Padre, donde fue constituido Señor y Mesías y le fue dado el nombre que está sobre todo nombre.

El monte de los Olivos se identifica también con el monte de la Ascensión de Jesús cuando vuelve a la casa de su Padre para celebrar la fiesta de su graduación, porque había cumplido la misión que el Padre le había confiado.

No todo termina en la cruz. La plenitud es el monte de los Olivos. La muerte es la víspera de la glorificación.

Si en el Calvario Jesús extendió sus brazos muriendo por todos nosotros, en el Monte de los Olivos el Padre le abre los brazos para recibirlo, pues ha cumplido la misión confiada.

Conclusión

A la montaña se sube con cierta dificultad, es la dificultad de la vía para el encuentro con Dios, que requiere la constancia y la paciencia en la oración y en la búsqueda de Dios. A una montaña no se sube por un camino recto ni asfaltado, sino por senderos con altos y bajos, con caídas, rasguños, heridas y dolor. Pero cuando se llega a la cima se contempla el mundo, el paisaje con otros ojos, unos ojos más cercanos a los de Dios. Una vez que se ha llegado a la cima, se sabe también que el encuentro con Dios ya no depende de que uno pueda seguir escalando, se ha

llegado a la cumbre; desde allí es Dios quien tiene que bajar para hacer posible el encuentro con el hombre.

Nuestra actitud tiende a ser el quedarse en la cima de la montaña contemplando el espectáculo que significa el descenso de Dios, por eso Pedro propone hacer tres tiendas: "¡Qué bueno es estar aquí! El discípulo que llega a la cima del monte debe también aprender a bajar de ella para bien de sus hermanos, así lo hizo Moisés cuando recibió las tablas de la Ley, y así lo hicieron los discípulos del Señor después de su Transfiguración, porque es necesario contar a los hermanos la gloria de Dios que se ha visto en la cima del monte, para que sean muchos más los que se atreven a escalar hasta la cima para contemplar a Dios. Simbólicamente Jesucristo se transfiguró en presencia de sus discípulos. Pero hoy el Señor sigue transfigurándose para nosotros. Cada vez que asistimos a la Eucaristía revivimos el prodigio de la presencia de Dios, que desciende a la cima del monte y a quien nosotros podemos contemplar. Pero la Eucaristía no termina en el templo, hemos de salir al mundo para anunciar a todos lo que hemos contemplado. La Eucaristía es contemplación y compromiso.

Ninguno de los tres montes se puede suprimir, pues afectaría a los otros dos. Siempre van los tres juntos.

Y si van juntos en la vida de Jesús, van juntos y no se puede suprimir ninguno en la vida del discípulo del maestro de Galilea.

Existe una íntima unión entre el Monte Tabor y el Monte Calvario, ente el Monte Tabor y el Monte de los Olivos, des-